



DOÑA RAFAELA LOPEZ AGUADO
DE RAYON

Entre las diversas heroínas que figuran en esta galería, merece lugar distinguido esta señora, que si bien no tomó parte directa en la insurrección, como la Corregidora, ó como Doña Leona Vicario, que dedicaron su actividad ó su fortuna á la causa de la Independencia, en cambio dió sus cinco hijos á la patria, y muchas veces los animó con sus consejos á continuar por el camino emprendido, no viéndosela vacilar ni aun cuando se encontró en la dura alternativa de escoger entre la vida de uno de ellos y la sumisión de los demás.

Doña Rafael descendía de una antigua familia española que dió varios Prelados á la Iglesia y diversos funcionarios al Estado, siendo su tronco el conquistador Sancho López de Agurto estaba radicada de muchos años atrás en Michoacán, y espe-

cialmente en Tlalpujahua; los López Rayón eran una rama de ella, así es que Doña Rafaela era parienta de su esposo Don Andrés López Rayón, acomodado hombre de campo y minero de aquella población. Muerto Don Andrés en temprana edad, quedó ella de jefe de familia, y aunque la buena inclinación de sus hijos hizo que no tuviese dificultades en guiarlos por el buen sendero, sus consejos y su experiencia les sirvieron de mucho en la ruda lucha por la vida, que iban á emprender. Al mayor lo ayudó para que terminase sus estudios profesionales; al segundo consiguió verlo establecido en el comercio; el tercero, de índole pacífica, quedó en su pueblo natal al frente de los intereses rurales de la familia, en compañía del cuarto, Don Rafael, y por último, Don Francisco, el más pequeño, de genio turbulento y atrevido, también vivía á la sombra de la señora Rayón, atendiendo las minas y los otros intereses. Cuando después de varios años de viudedad consiguió el resultado de que sus hijos, unos ya casados, estuviesen todos establecidos, tenía derecho de esperar con tranquilidad los días de la ancianidad y una muerte de justa rodeada de su familia, vino la asoladora revolución de Independencia á acabar con esa tranquilidad y á lanzar á los pedazos de su corazón en la vorágine de una guerra que si bien por un momento se creyó corta,

pronto se vió que era dilatada y sangrienta.

Siquiera tuvo el consuelo de ver que todos sus hijos seguían una misma causa y no se vió en la dura alternativa de tener que prescindir de sus convicciones y simpatías para no ver en ellos más que á los niños cuya cuna meció con amor y á los que la revolución había arrojado á pelear en distintos bandos. Pero ese consuelo fué amargo, porque el carácter que asumió la guerra y la notoriedad que Don Ignacio adquirió desde luego, le hicieron temer por la vida de todos y no le permitieron tener un solo día de sosiego. Pero no flaqueó un solo instante, no empleó ruegos ni halagos para hacerlos desistir del camino que habían emprendido, y guardó todos sus dolores en el fondo del alma para no dejar ver en su rostro más que la sonrisa melancólica que procuraba hacer alegre cuando alguno de los cinco caudillos iba á descansar de sus campañas al hogar paterno. Y cuando en 1813 los tuvo á todos reunidos por espacio de varios meses, pudo entregarse francamente á la alegría de tenerlos á su lado y creer que había sido un sueño la separación de más de dos años, durante los cuales sólo tenía noticias de combates, de asedios y de victorias ó derrotas; para ella esos cinco caudillos no eran en aquellos momentos adalides de la patria, sino cinco niños grandes que después de ha-

ber andado descarriados como el hijo pródigo, volvían al seno del hogar, á ocupar el mismo sitio que años antes tenían.

Aquellos días de tranquilidad pasaron pronto, por las necesidades de la guerra, y no debían volver: el Benjamín, el más pequeño, aquél en quien había reconcentrado su ternura, había caído prisionero de los realistas, y estaba condenado á muerte. Aguirre, el aprehensor, ofrece perdonarle la vida con tal de que Doña Rafaela influyese cerca de los otros cuatro Rayón para que deponiendo las armas dejen de combatir la causa de España; la proposición era tentadora: la vida de un hijo y el perdón de los demás, es decir, el retorno de los días de tranquilidad, el desquite de tantas amarguras, tantos sobresaltos y tantas lágrimas como le habían costado cinco años de guerra.... pero también vió la ignominia que semejante paso traería para los que aún estaban libres, tuvo en cuenta la vergüenza con que volverían á su lado, salvos, si, pero escarnecidos por todos los independientes, y sobre todo, vió la patria, en aras de la cual tenía ya hecho el sacrificio de todos sus hijos, y ahogando sus sentimientos, se negó á dar oídos á las proposiciones del Coronel realista. Las balas disparadas en el patíbulo de Jilotepec acabaron con dos vidas: la del insurgente Don Francisco Rayón y la de su madre, Doña Ra-

faela López, para la cual ese día terminó todo, y sólo fué ya una sombra.

Las compensaciones que la vida le ofreció después al ver á sus otros hijos liberados del cadalso y de muerte violenta, y aun el fin de la guerra y la aurora de la libertad, pocas emociones pudieron ya proporcionar á aquel corazón profundamente lacerado y á aquella matrona que así como dió un hijo á la patria, estaba dispuesta á dar los cuatro restantes.



PEDRO ROSAS

Pertenece al gremio de los humildes, de los ignorados, para los que la historia no tiene ni un recuerdo ni sitio para dedicarles un renglón donde aparezca su nombre siquiera.

Era originario del pueblo de Zacoalco, ó de Cocula, y se dedicó á la arriería desde su más temprana edad, siendo esa y la labranza las ocupaciones que tuvo, hasta que estalló la revolución de Dolores. Se encontraba accidentalmente en el pueblo de Zacoalco cuando llegó la noticia de ella, y casi al mismo tiempo la del pronunciamiento del amo Torres, en favor de la Independencia, y la ocupación de Sayula por este caudillo. Lleno de entusiasmo el pueblo ante tales noticias, se reunió, á imitación del Gobernador indígena, Juan Chango, que en una junta de veinte vecinos de los princi-

pales del lugar, decidió ayudar á Torres en todos sus planes; aprobado el paso por todos los vecinos, la misma junta, de la que Pedro Rosas formó parte, se encargó de ir á ver al caudillo insurgente y darle cuenta del acuerdo tomado. Torres la recibió estando en Sayula, y después de darle las gracias la encargó que le reuniese el mayor número posible de hombres armados y destinó á Rosas cerca de su persona, en calidad de guarda, como dice él en su causa.

Días después fué destinado á observar los movimientos de los realistas y á aprehender al Teniente de Justicia de Zacoalco, Baddillo, que estaba en correspondencia con las autoridades de Guadalajara; también dió aviso á Torres de la aproximación del ejército que mandaba el Mayorazgo Don Tomás Ignacio Villaseñor, y ya con el carácter de Capitán asistió al combate de Zacoalco, que decidió de la suerte de la Nueva Galicia, y entró á su capital con el ejército insurgente, el 4 de Noviembre de 1810. Realizada la ocupación, Torres, que era sumamente activo, envió comisionados á todas partes para propagar la revolución, y como probablemente estaba en relaciones con el Cura de Ahualulco, Don José Mercado, ó lo conocía y sabía cuáles eran sus opiniones, á él le despachó desde luego un emisario, que no fué otro que Pedro Rosas, haciéndole sa-

ber los éxitos de la revolución é invitándolo par que la siguiese.

Notoria es la conducta del Cura Mercado; secundó con entusiasmo la causa de la Independencia, levantó un pequeño ejército, y con él ocupó Tepic y San Blas, sin necesidad de disparar un solo tiro; en toda esa campaña estuvo Rosas, que siguió después de ella al servicio del caudillo tepicqueno; cuando éste trató de regresar á Guadalajara para apersonarse con Hidalgo, lo acompañó Rosas; pero como durante ese viaje se tuvo la noticia de la derrota de Calderón, retrocedió aquél, y mientras él seguía para Tepic, éste quedó á las órdenes de Zea y, por consiguiente, se halló en la acción de las barrancas de Mochiltitlic, en que fué desbaratado el ejército insurgente. Rosas comprendió que de volver á Nueva Galicia corría riesgo de ser conocido como insurgente y sufrir la pena de horca, en tanto que dirigiéndose al Norte podía escapar, así es que no vaciló mucho acerca del partido que debía seguir, y emprendió el camino de Sinaloa, donde se encontró en relativa seguridad, pues durante algún tiempo pudo pasar por arriero ó comerciante; sin embargo, él y un compañero suyo apellidado González, llegaron á hacerse sospechosos á las autoridades españolas, quienes dieron con ellos en la cárcel del Rosario. Pero como aquella provincia

no había sufrido graves males de la insurrección, ni sus autoridades estaban empeñadas en reprimirlas á sangre y fuego, se contentaron con las explicaciones que los presos dieron y que parecían fundadas, y los pusieron en libertad, aunque después de varios meses, en Septiembre de 1811, dándoles copia de la sentencia para que les sirviese de resguardo durante su camino ó en las poblaciones á donde llegasen.

Rosas, creyéndose ya seguro con ese papel que él juzgaba era un indulto en toda forma, tuvo el mal pensamiento de volver á su pueblo natal, con no muy buenas intenciones seguramente, pues no tiene duda que los cinco meses transcurridos desde que fué puesto libre en el Rosario hasta que llegó á Zacoalco, los pasó entre los insurgentes, que abundaban en Mayarit y Nueva Galicia; apenas llegado, fué reconocido y aprehendido por el Teniente de Justicia, que lo entregó á la Junta de seguridad. Ante ella no negó Rosas la parte que había tomado en las campañas de Torres, pero alegó que lo había hecho obligado por la fuerza, y que como prueba de ello se había separado de la revolución en cuanto le fué posible y se había indultado; la Junta no supo qué hacer y envió al reo á Guadalajara, donde no había muchas vacilaciones; se le condenó, sin más averiguaciones, á la pena de horca, con la agravante de ser lle-

vado arrastrado como traidor hasta el lugar del suplicio; que se le cortase la cabeza, la cual debería colocarse en Zacoalco, á la salida del camino de Sayula. Confirmada el mismo día la sentencia por el Gobernador Cruz, fué ejecutado el 10. de Julio de 1812, en los mismos términos en que había sido dictada, y durante algún tiempo, la cabeza del ajusticiado estuvo expuesta en las afueras de Zacoalco; el cuerpo fué enterrado cristianamente en el cementerio de Belén.

Pedro Rosas era de elevada estatura y de fuerte constitución; más que por su nombre, era conocido por el apodo de "El Arriero," que á cada momento se ve repetido en el proceso que se le formó; tenía más de setenta años de edad al ser ahorcado, y se ignora si tenía ó no familia, pues nada declaró acerca de esto; aunque los testigos de cargo lo acusaron de ser ladrón, no parece fundada la imputación, y en realidad su único delito, como el de tantos otros como entonces perecieron, fué el de haber seguido el partido de la Independencia.